

# Seis crónicas de Luis Tejada

## La belleza en la escuela

Visitando estos días una escuelita de los alrededores, pensé involuntariamente en mi pueblo y en la escuela que me tocó frecuentar cuando niño. La tal escuela, que yo quiero mucho, así vetusta y lamentable como era en esa época, había sido cuartel en tiempos de guerra. Las paredes altas y cruzadas por las ralladuras de las bayonetas, los salones tenebrosos y resonantes, los bancos carcomidos y cojos, las ventanas sucias y desairadas, y hasta el viejo maestro, con su gorro de borla, sus alpargatas y la férula vengadora e inseparable, nos ponían un amargor en el corazón, una angustia en los ojos, una gana de largarnos al campo a robar guayabas y naranjas y no volver a esa detestable casa, que aborrecíamos con todos nuestros corazones de diez años.

Por fortuna, hoy todo ha cambiado un poco y los maestros se preocupan ya algo de la elegancia y pulcritud de las cuatro paredes, donde van a enseñar toda esa faranda de muñecos de azogue, que les envían diariamente. La educación moderna lo impone. Don Pablo Vila pidió en 1915, para su Gimnasio, una decoración sencilla y elegante, porque estos son elementos indispensables para inspirar pulcritud, orden y buen gusto a los niños.

Es indudable la influencia de las habitaciones en las personas. Cada uno es como su cuarto. Rastreando en las vidas de muchos, se podría encontrar la razón de su infortunio o su felicidad, recordando dónde vivió

cuando pequeño. Yo creo que mucha de la melancolía de Novalis se debió a su palacio solariego y penumbroso. En una escuela donde entran el sol y el aire, las paredes están limpias y adornadas y haya muchas flores en el jardín, se puede garantizar que los alumnos estén contentos y sanos. Con flores, con sol, con la elegancia de la casa, de las mesas, buenos cuadros, etc., empieza a entrar el sentimiento de la belleza en el niño, sin darse cuenta.

“Dar a sentir lo hermoso, es una obra de misericordia”, dijo un pensador americano. Como todo lo que rodee a los niños sea armonioso y de buen gusto, así se volverán sus almitas y sus caracteres. Se irá despertando en ellos el sentido de lo bello, y entonces el maestro tendrá terreno abonado para sembrar la bondad. “Yo creo indudable que el que ha aprendido a distinguir de lo delicado lo vulgar, lo feo de lo hermoso, lleva hecha media jornada para distinguir lo malo de lo bueno”, dijo José Enrique Rodó, en el libro más bello que han visto mis ojos.

Publicada en *El Espectador*,  
Bogotá, 8 de septiembre de 1917.

## El humorismo

Un joven dibujante, humorista, ha abierto al público una exposición de sus obras. Sorprende ver la ironía sana, riente, con que el artista sabe tratar los asuntos. Sorprende y desconcierta, porque no es la ironía salu-



Jhon Jair Muriel, Sin título, serigrafía, sin fecha, 9/11, Fondo Hernando Guerrero, Colección de Grabado, MUUA.

dable, franca, buena, la que estamos acostumbrados a gustar en los dibujantes y en los escritores de nuestra tierra. Siempre, en el fondo, nuestros humoristas son hombres combativos, demolidores o gemebundos poetas que aman la muerte y el dolor; todos tienen esa manera latina de ver agria, amargamente la vida. Tal vez será cuestión de raza, fruto de unos oscuros atavismos que han dejado en las almas un sedimento de tristeza y de agresividad; tal vez esa mezcla de sangre ibera, mística y rebelde, y de sangre india, melancólica y taimada, sometida y rencorosa, que llevamos en las venas y que nos hace ser cejijuntos, violentos, ofensivos.

Se dice que sólo saben reír alegremente aquellos pueblos anglosajones, fuertes, dominadores, bien alimentados, que aman la vida armoniosa y libre, la gimnasia y el sport, que

son optimistas, rubicundos y casi ingenuos, como los buenos gigantes de los cuentos. En cambio, nuestra raza decadente que ha soportado el peso de muchas esclavitudes, raquítica, perezosa, enferma de melancolía y de misantropismo, no comprenderá la amable virtud de sonreír bonachonamente ante el aspecto grotesco de las cosas, sin ofender, sin vapulear o sin demoler, hasta que una educación profunda, aireada, robusta, moderna, modifique pacientemente ese cúmulo de aflicciones sombrías, de aberraciones oscuras, ese apegamiento a vivir con las ventanas cerradas, ese odio al sol y a la luz, a los ejercicios rudos y saludables, ese gusto por las diversiones que hacen reír dolorosamente, como las piruetas lamentables de los payasos o los cascabeleos de las bailarinas, trágicas y enflaquecidas, que agonizan sonriendo sobre los tablados nocturnos.

Por eso me ha sorprendido que el excelente artista que expone ahora sus obras en el Salón Samper, se haya independizado un poco de esa torturante tradición humorística de dibujantes y escritores nuestros, de ese prurito cruel de satirizar biliosamente, de esa preferencia malsana por las ironías mordaces que dejan en el alma un amargor de hiel.

Publicada en *El Espectador*,  
"Día a día", Bogotá, 23 de julio de 1918.

## Habla la vaca

Veníamos hojeando esta mañana un viejo libro de Azorín y pensábamos: ¡cómo se parece este pueblo a Yecla! Aquí también todos son abogados, "todos van y vienen con carpetacios de papel oficinesco, todos entran y salen en el juzgado", todo el mundo habla de leyes, de códigos, de defensas y de alegatos, todos... De pronto una respetable vaca, pintada, barriguda y de grandes ojos tristes, se interpuso en nuestro camino y nos dijo:

—Señores periodistas...

—Ajá, ¿a qué le debemos el honor?

—Señores periodistas. Tengan la bondad de sentarse en este banco y de oírme un momento.

Nos sentamos. Ella lo hizo también. Cruzó, con cierta beatitud monjil, las patas delanteras sobre la embombada panza, suave, amable y tibia, y en cuyo centro preciso los pelos blancos y largos formaban un terso remolino. Apuntó hacia nosotros los dos agujeros húmedos de sus narices, sacó la lengua áspera, flexible, la paseó por el hocico lustroso, una, dos, tres veces, y luego prosiguió:

—Vengo en nombre del hermano buey; vengo en nombre del hermano pavo; vengo en nombre de la hermana gallina...

—Bueno, ¿y en qué podemos servirles?

—Es el caso que ayer encontramos un papel en una manga, cosa muy natural. En el tal papel se dice de un señor diputado que quiere proteger a los animales domésticos. Y el buey y el pavo y la gallina y el gato hosco y también el buen perro casero resolvieron enviarme a ustedes para pedirles que apoyen, refuercen o exijan la aprobación de ese proyecto tan humanitario. Eso es muy civilizado, como dicen. En otros países la protección de los animales sí es un hecho evidente y práctico. Una estimabilísima y muy ilustrada vaca Durham que trajeron el otro día de Inglaterra a una casa rica de aquí, nos contaba cómo una vez en Londres el Presidente de la Sociedad Protectora de Animales mató a su cochero a puñetazos porque estaba azotando levemente a los caballos con la fusta. ¡Eso sí es amor a los animales!

Nuestra interlocutora se detuvo un instante. Otra vez vimos el reverso estriado, amarillo, cartilaginoso de su lengua que se hundía en el hueco humeante de la nariz. Luego continuó así: —En este pueblo sólo se ha intentado proteger al caballo, ese ser afortunado y feliz. Hay quien defiende a los caballos de carrera, hay quien defiende a los caballos de coche, hay quien defiende a los caballos de carro. Pero nadie, señores míos, ha pensado un poco en todos esos humildes y oscuros animales que sufren, sin rebelarse jamás, el peso de una vida áspera y cruel; el pobre buey melancólico, tierno y apacible, que va con el arado todo el día bajo el sol agrio; el novillo bello, generoso, rozagante, que arrancan a sus verdes praderas para empujarlo hacia aquí durante largas sema-

nas de peregrinación penitente, sin agua, sin yerba, sin descanso, para llegar escuálido y demacrado como un convaleciente del hospital; en las dulces y alegres gallinas de la huerta que morenas mujeres traen desde lejos ensartadas patas arriba en agresivo bastón pastoril. No hablo de mí, humilde vaca de leche, vapuleada y exprimida todo día, porque a una no le quedaría bien alabarse.

Y la buena vaca sonrió, iniciando un mohín repelente, y poniendo los grandes ojos en blanco; después, siguió en tono más solemne:

—Yo sé, señores periodistas, que la justicia abstracta y pura no se adaptará jamás a las costumbres humanas, ni informará siquiera el espíritu de la ley. Hay algo que se llama necesidad, y ese algo, aunque sea grandemente inmoral o injusto, privará en costumbres y leyes. Hay quien se indigna, protesta y exige el castigo de la ley para el que azota un caballo en la calle, ¿pero alguien se indigna, alguien protesta, alguien se condeule siquiera porque en el matadero matan cien novillos, porque en el hotel sacrifican diez gallinas, cinco pavos o un par de palomas? Y, sin embargo, una paloma no es más ni menos animal que un caballo. La misma alma ingrávida, incipiente y temblorosa que se quiere respetar en el caballo, alienta en el buey cándido, en la loca gallina cacaraqueante, en la palomilla toda llena de dulcedumbre. ¿Comprenden ustedes esa inaudita paradoja humana, esa fragmentación del instinto compasivo del hombre, que es caritativo con el caballo y es implacable con el buey? ¿Hay alguna diferenciación sustancial entre esos dos seres hermanos? Yo sé que sería absurdo, ingenuo, predicar este evangelio entre los hombres, sordos a lo que atenta contra sus necesidades fundamentales. Además, a una modesta madre de fami-

lia, como yo, ya toda descornada y vieja, no le estaría bien meterse en empresas redentoras. Pero espero que el porvenir será claro y comprensivo. ¿Ustedes no han leído a Yvonne Sarcey? ¿No? Pues en un amable libro de Yvonne Sarcey ¡buena mujer!, he visto estas cosas: “En el siglo XVIII se proclamaron los derechos del hombre; en el siglo XIX se proclamaron los derechos de la mujer; en el siglo XX se proclamarán los derechos de los animales”.

Las ideas habían iluminado el cerrado testuz de nuestra vaca. Se levantó. Púsose de nuevo, como siempre, sobre las cuatro patas y se fue con ese aire satisfecho, indiferente, tonto, filosófico, feliz, inimitable que tienen las vacas ciudadanas cuando van por la calle.

Publicada en *El Espectador*, “Mesa de redacción”, Medellín, 27 de mayo de 1920.

## Una nueva literatura

Hay una posible modalidad literaria que no ha sido explotada todavía en una forma sistemática, y que, sin embargo, llegaría a hacer la fortuna de algunos poetas de imaginación. Es lo que podríamos llamar, la literatura de las cartas de los restaurantes. No hay nada tan lleno de sugerencias poemáticas como una lista de comidas. ¿No está ahí, reducida en fórmulas sintéticas, expresada en palabras extrañas, coloridas y evocadoras, toda la naturaleza innumerable?

Ese hombre sensitivo que se coloca en el rincón oscuro del Café y lee en la carta, esto, por ejemplo: “Arroz con camarones, \$0.30”, tiene que experimentar una vasta emoción estética; esa sola frase es, en el fondo, bella y terrible como un viaje de aventuras; esa

sola frase, impregnada de un exótico color marino, hace soñar en puertos remotos y luminosos, donde hay graves pescadores que miran el horizonte y pequeños barcos de alegre bandera. Y así, cada enunciación concisa, evoca ciclos, o mares o tierras féculas, trayendo hasta el rincón oscuro una ideal proyección cinematográfica del universo externo, vivo y radiante.

Pero yo creo que a esas sencillas listas de comidas que nos enseñan todos los días, se les podría sacar todavía mayor partido estético y literario, se podría hacer de ellas algo aún más bello, completo y sugestivo; creo que sería posible concretar en una forma más expresiva y pura, más insinuante y nítida, ese mundo ingrátido de imágenes maravillosas, de vidas cálidas y agitadas, de tragedias lejanas, de paisajes llenos de vigoroso color, que hay allí detrás de esos renglones que dicen simplemente: “Pollo en salsa con *petit pois*, \$0.40”, “Macarelas, \$0.50”, “Ensalada de rábanos, \$0.15” etc., etc.

Quizá los empresarios de restaurantes no han pensado jamás en que, encomendando a un poeta genial la redacción del menú cotidiano, podrían, al mismo tiempo, hacer más productivo su negocio y cooperar a la formación de una nueva modalidad literaria. ¿Cómo hubiera redactado esas cartas, por ejemplo, Tristán Bernard, o, dentro de otro aspecto, Huysmans, que tenía un estilo exaltante y succulento para describir ciertas cosas, como cuando a fuerza de realidad, hacía sublime la visión de una pata de ternera?

Ya tendríamos seguramente, dentro de la cartografía alimenticia, algunas pequeñas obras maestras.

Publicada en *El Espectador*, “Gotas de tinta”, Bogotá, 15 de febrero de 1924.

## El sentido común

Magnus Johnson, un nuevo Senador americano elegido por los agricultores de Minnesota, le dijo a un periodista: “Yo no soy un hombre de extensa cultura, ni mucho menos, como mis colegas del Senado, pero tengo lo que a ellos y en general a todos los congresistas les hace falta: el sentido común”.

Es probable que Magnus Johnson no posea una noción bien clara de lo que puede ser el sentido común, porque de lo contrario no se hubiera atrevido a pronunciar esas palabras en un país como los Estados Unidos, donde las más genuinas demostraciones del sentido común están amenazadas por la silla eléctrica.

Quizá el Senador Johnson crea, como se cree habitualmente, que el sentido común no es sino una especie de sometimiento a la opinión de la mayoría de los hombres, una especie de acuerdo con los prejuicios tradicionales del pueblo; se dice que un individuo tiene sentido común cuando piensa u obra como la muchedumbre inmensa y tranquila que hace el término medio mental y moral de la humanidad; pero realmente no es así: el verdadero sentido común ha llegado a ser del dominio sólo de una pequeña minoría, seleccionada no por la cultura ni por la inteligencia, sino simplemente por la visión pura que posee de las cosas, por el ejercicio de ese don de razón natural, inicial en el hombre, pero que no se conserva intacto al través de la vida sino en muy pocos, porque en general es oscurecido por numerosas influencias externas; don de visión simple, de visión virgen y segura que permite distinguir en sus fuentes esenciales lo bueno de lo malo, lo justo de lo injusto.

Desde este punto de vista, la razón natural, el sentido común, asume en el mundo



Álvaro Ruiz Ruiz, Sin título, linóleo, 1993, P/A, Fondo Hernando Guerrero, Colección de Grabado, MUUA.

actual una capacidad revolucionaria incalculable; podría decirse que es la única verdadera fuerza revolucionaria; porque si a quien tenga siquiera relativamente despejada su razón natural se le pregunta, por ejemplo: ¿Usted cree que los hombres se deben matar unos a otros? Responderá inmediatamente: no, y esta sencilla palabra vendrá a desquiciar la justificación artificial de todas las guerras y a reevaluar indirectamente la absurda razón de ser de todos los patriotismos. O si se le pregunta: ¿Usted cree que la tierra debe pertenecer a todos los hombres que la trabajan, o a los que no la trabajan pero tienen sobre ella títulos teóricos de propiedad? Contestará indudablemente que debe pertenecer a todos los hombres, destruyendo así con una sola frase los prejuicios acumulados acerca de la propiedad y del trabajo. O si se le pregunta, entre mil cosas semejantes, esta, digamos: ¿Usted cree que los hijos naturales deben tener iguales derechos y garantías que los hijos legítimos?, el hombre de la razón na-

tural despejada contestará que sí, yendo abiertamente en contra de todas las injusticias tradicionales estratificadas en el Derecho y en la legislación actual de los pueblos.

La civilización contemporánea se caracteriza por la ausencia de sentido común en sus bases y en sus métodos; la noción primordial y natural de la Justicia y del Bien, ha sido oscurecida por la ambición, atrofiada por el prejuicio, desvirtuada muchas veces por el exceso de inteligencia y de cultura. Pero ya se anuncia en todas partes el retorno a la visión pura y exacta de la vida: esa agitación creciente que adelanta contra un orden de cosas monstruosamente equivocado y que concluirá con él, indica la presencia del sentido común entre los hombres, la súbita lucidez mental que se está acentuando en el mundo. La revolución no es sino la generalización del sentido común.

Publicada en *El Espectador*, "Gotas de tinta", Bogotá, 3 de septiembre de 1923.